

Napoleón Emperador. — Courrié- ne.	0.80
Pequeñeces de Napoleón. — Cous- tant	0.80
Elba y los Cien días.—Chaboulon „	0.80
La Abdicación de Napoleón.—Cous- tant	0.80
El Ocaso de Napoleón.—Coustant „	0.80
Napoleón en Sta. Elena. — Les Cases	0.80
La muerte de Napoleón. Les Ca- ses.	0.80
La novela de Roger de Flor.—Mon- cada	0.80

COLECCION ESTUDIOS HISTORICOS

Marido de una Alteza.— Tocelli \$	0.90
La Reina de las Reinas.—C. Hare „	0.90
El Drama de los venenos.—Fuarck Bretano	0.90
La muerte de la Reina.—Frunck Bretano	0.90
Los verdugos de Nantes.—Lenotre „	0.90
Los últimos días de Napoleón.— Fremeaux	0.90



¡ABAJO LOS TOROS!

POR

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS SOCIALES.

Consiste el progreso en el desarro-
llo gradual del poderío del hombre
sobre la materia; y, más que todo, en
el de la Moral.

TURGOT.

Cuando una causa es buena, triun-
fa tarde ó temprano.

J. SIMON.



MÉXICO.
IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

GENERAL DE DIVISIÓN

DON PORFIRIO DÍAZ,

CUYO NOMBRE
ES SALUDADO CON APLAUSO Y PRONUNCIADO CON RESPETO
POR EL MUNDO CIVILIZADO,

*En testimonio de leal admiración y
con los votos del autor porque durante su
sabio Gobierno y para aumento de su fa-
ma, sea suprimida en México, la bárbara,
sangrienta y bochornosa diversión de los
toros.*

31392



¡Abajo los toros!

I.

Estado de la cuestión.

Es un hecho que entristece, la inmensa y progresiva aceptación que va teniendo en nuestro país el espectáculo de los toros, el cual puede compararse con un mal ya endémico, que se extiende todos los días y convierte en más y más virulento. Las plazas de México han venido á ser el paraíso de los toreros, y, según fama, las primeras del mundo, tanto por la esplendidez con que retribuyen á los *artistas*, como por el fino, y por decirlo así, ático criterio con que saben juzgar y aquilatar el mérito de las cuadrillas. Ni Madrid, ni Barcelona, ni ciudad alguna de allende ó aquende el Atlántico, es, según parece, comparable á la capital de nuestra República bajo tan elevados y trascendentales conceptos; tanto que por acá se nos vienen las mayores celebridades de rondel que produce España, en busca de lauros y de pesetas. Así es como va siendo México para los toreros algo parecido á lo que son Milán,

París y San Petersburgo para los cantantes: el crisol último y la consagración definitiva de su fama. Por eso hemos visto brillar en nuestros cosos á Mazzantini, Fuentes, Montes, Machaquito, Bombita, Quinito y otros personajes de la más pura y elevada aristocracia de la muleta y el estoque. El entusiasmo despertado en el público por la presencia de esos *primeros espadas*, ha rayado en el frenesí y en la locura, manifestados elocuentemente por concurso pletórico, precios fabulosos de entrada, publicaciones especiales y al minuto de los incidentes de la lidia, y popularidad, admiración y aplauso sin límites hacia los toreros.

En tanto que así van las cosas, languidecen y mueren los espectáculos más finos y elevados; falta la gente en el drama, las empresas de ópera hacen pésimo negocio, y hasta se arruinan y disuelven al llegar aquí las compañías artísticas. Y en tanto que nadie repugna pagar cinco duros por entrada de sombra ó dos por entrada de sol, ó acaso más, para presenciar la lidia, escuece á la mayoría satisfacer los mismos precios por oír los dulces acentos de las divas de mayor renombre; y vez ha habido en que, mientras los artistas más eminentes han cantado ante un teatro vacío, las plazas de toros han estado al reventar y han hecho su agosto los revendedores de boletos.

Inspira desaliento ver que así se vayan extraviando el gusto y los sentimientos populares, precisamente en los albores de nuestra cultura y cuando sería conveniente encauzarlos y dirigirlos con rumbo acertado. Sería posible aún poner remedio al mal, porque el toreo no adquiere todavía carta de nacionalidad mexicana.

No hay ni ha habido hasta ahora verdaderas celebridades mexicanas de coleta. Los amantes del género sirven sólo para vociferar en las corridas, organizar empresas, vender boletos, hacer de monos sabios é imitar en el traje y corte del pelo á los toreros españoles. En México hay disposición para lo que se llama en lengua vulgar *suertes del campo*, como capear, lazar, ginetear y derribar toros; pero como complemento de los trabajos agrícolas, y sin alcances de tauromaquia independiente.

No debemos quejarnos por no haber recibido de la naturaleza los dones necesarios para producir y sostener una clase torera verdaderamente nacional. Los toreros, salva una ú otra excepción, son gente poco recomendable por su vida, carácter y costumbres. De lo menos que se les puede tachar, es de holgazanes, pues pasan la vida en las cantinas tomando copas, ó por las calles requebrando á las mujeres, ó en sitios peores haciendo escándalos y riñendo. De esa vida de ociosidad y de vicios, pasan á lo que llaman trabajar (unas horas á la semana, si acaso), y que no es más que exponer la vida por precio y martirizar á las bestias por divertir al populacho, sembrando á su derredor, por eso y todo, los ejemplos más perniciosos.

La inferioridad de nuestro pueblo para este género de *sport*, muy lejos de ser lamentable, debe parecernos grata, porque impide que el toreo eche raíces profundas en nuestro suelo, haciendo así posible su extirpación para el día en que nuestros hombres pensadores y nuestros gobernantes tomen seriamente entre manos la tarea de llevar á cabo esa referma.

Se necesita fijar ya la atención en este punto,

porque la situación es alarmante. Días pasados, publicó la prensa metropolitana la noticia de haberse organizado en esta ciudad una compañía con un capital de medio millón de pesos para levantar una enorme plaza de toros, la más elegante y colosal de todo el mundo; noticia detestable, que manifiesta cuánto vuelo ha tomado, por desgracia, entre nosotros, la afición á ese espectáculo atroz. Por lo que hace á nosotros, creemos que la empresa nos deshonra, y que si esa plaza llegase á levantarse en nuestra capital, sería un monumento erigido á nuestra barbarie.

II.

Revista de sofismas.

¿Qué es lo que puede alegarse en favor de los toros? Nada más que algunos lugares comunes. Recorrámoslos rápidamente.

1º El espectáculo, se dice, es pintoresco. Para demostrarlo, se toma cualquier página de algún libro de viaje de la época romántica, de Dumas, Gautier ó Merimée, por ejemplo, y se le copia sin escrúpulo. Y se hacen aparecer allí la limpidez y el brillo del cielo madrileño, la animación de la plaza, el aleteo de mantillas, la hermosura de las rosas prendidas en los tocados, la fulguración de los ojos de las majas, la salida de la cuadrilla, los trajes de los toreros, el resonar de las músicas, la robustez de los cor-

núpetas, la destreza de los capeadores, la valentía de los banderilleros y la temeraria destreza de los matadores. Todo eso lo sabemos de memoria.

Mas á pesar de tan brillantes descripciones, puede afirmarse que el espectáculo, tomado en conjunto, dista mucho de ser hermoso: para enaltecerlo, omítese en ellas de propósito la parte principal de la corrida. Analicemos un poco.

Los picadores montan flacos y débiles jamelgos, destinados deliberadamente al sacrificio. Para ocultar á sus ojos el abismo á donde son conducidos, é impedir que el instinto los haga retroceder, se les ponen vendas de cuero que los ciegan. Privados así de la luz y de todo conocimiento respecto de donde se hallan y lo que andan haciendo, son conducidos á duros espolazos frente á la fiera. No pasa largo rato sin que ésta, ciega de furor y sobreponiéndose al dolor que le causa la pica, alcance al rocín y le hunda uno de sus cuernos, cuando no los dos, en el cuerpo. Lo mejor que puede entonces suceder, es que muera el caballo en el acto; pero lo más común, por desgracia, no es eso, sino que los espectadores sigan contemplando largo tiempo los cuernos ensangrentados del toro, el rocín herido y chorreando sangre conducido otras veces delante de la fiera, nuevas y nuevas cogidas del jamelgo, y, con frecuencia, los intestinos del noble animal sangrientos y colgantes, enredados en sus mismas patas y destrozados por ellas.

Otras veces, después de dura pugna entre el toro y el picador, llega la fiera á enganchar á la caballería por debajo de la panza y la levanta en vilo con el picador á cuestras; hasta que éste y el pobre jamelgo pierden el equilibrio, se

desplomán y ruedan por tierra en medio del espanto general. Los capeadores distraen al toro con sus capas, y el picador maltrecho, torpe y estorbado por su pesada armadura, es transportado en brazos fuera del redondel. El caballo, herido y moribundo, queda en tanto tirado en la arena sin que nadie le defienda, y el toro en sus vueltas y carreras furiosas por el coso, le asesta nuevas cornadas cada vez que junto á él pasa; en tanto que el desventurado animal, que no ha logrado ni siquiera ver á su verdugo, levanta del suelo difícilmente la cabeza, y, por instinto de propia defensa, tira al aire débiles, patéticos é inútiles mordiscos.

¿Es esto hermoso? ¿Es estético? ¿Es pintoresco? De ningún modo, sino feo; más que feo, horrible; más que horrible, repugnante.

La continuación del espectáculo no es mejor. Los banderilleros ponen las banderillas donde pueden, y á veces resulta alguna moña clavada en un ojo de la fiera, y el espectáculo se hace intolerable. Los matadores degüellan al toro con harta frecuencia, haciéndole toser y vomitar sangre, ó bien le hieren los tendones de los cuartos traseros ó delanteros y le tornan cojo en el acto. Y por regla general, cuando la fiera puede ya apenas moverse por tantas estocadas como ha recibido, y sangre como ha perdido, es cuando se ve solicitada por la muleta del matador para que embista, y cuando al moverse pesadamente sobre la capa, recibe la estocada que la derriba. Convengamos en que esos espectáculos son hechos para contristar, y no para regocijar el corazón del público.

Llega el epílogo. ¿Qué tiene de hermoso ver al toro caído, hecho una criba, moribundo y

echado en la arena, ser rematado por el puntillero con la daga que le hunde á traición en el bulbo raquídeo?

¿O qué de placentero ver una vez ú otra á algún torero lanzado al aire dando volteretas como un muñeco de trapo, ó enganchado por el tórax ó el abdomen en un cuerno que no le quiere soltar?

La palidez y la prolongación de los rostros en tales casos, proclaman de la manera más elocuente que, muy lejos de producir deleite el espectáculo, lastima y tortura el corazón, como todo lo horrible. Y no vale para tornar lo negro blanco, que afirme la filosofía taurófila, no son dignos de compasión los toreros, porque saben lo que se hacen y van deliberadamente al peligro; pues, como quiera que sea, esos infelices son nuestros hermanos y estamos ligados á ellos por vínculos de solidaridad que no puede ni debe romper ningún sofisma. Así que al verlos en riesgo inminente de ser cogidos por el toro, ó al contemplarlos en los cuernos de la fiera, la voz de la humanidad se alza potente é indignada en la mayoría del concurso, sin poderlo remediar, y un sentimiento invencible de lástima y de horror se apodera de casi todos los ánimos. La compasión para nuestros semejantes va tan de acuerdo con la esencia íntima de nuestro ser, que nos sentimos conmovidos hasta por la ejecución de los incendiarios y parricidas; cuánto más no debe despertarse en nuestro pecho en favor de los míseros toreros, cuando, después de todo, no son unos criminales, sino extraviados ó ignorantes, que se ganan la vida á su modo, exponiéndola por precio! El buey vivo muge dolorosamente al olfatear la sangre del buey muerto;

y el más enteco y ruin jamelgo se encabrita y hace corcobos á la vista de un cadáver equino! ¡Y los hombres habrían de ser más duros de corazón que los mismos brutos, en tratándose de la destrucción de sus semejantes!

Si no hubiera más demostración que la que este ejemplo suministra, para comprobar la perniciosa influencia de los espectáculos taurinos sobre el alma humana, bastaría ella sola á ese propósito; porque se necesita haber perdido hasta la más remota noción de humanidad para dar cabida en el pecho á tales y tan feroces sentimientos. Y si es un hecho que el placer de los toros conduce á ver con indiferencia los dolores y la muerte del prójimo y á guardar para solos los caballos todas las ternuras del alma, queda con eso mismo comprobado que la diversión de que se trata, deforma, endurece y corrompe el corazón, rompe los vínculos de solidaridad que la naturaleza ha criado entre los individuos de la misma especie, y es, por lo mismo, altamente antisocial y funesta para el conjunto.

Puesto en claro lo anterior, no puede ya pretenderse que el espectáculo sea hermoso, porque debajo de la capa brillante con que se envuelve y disfraza en el prólogo, oculta en su acción y desarrollo, escenas espantosas, antiestéticas, contra las cuales se elevan las protestas clamorosas del corazón, de la razón, y hasta del simple buen gusto.

Pero, aun suponiendo que la diversión fuese de veras hermosa; ¿podríamos indultarla sólo por sus condiciones artísticas? Si á eso fuésemos, estaríamos autorizados para resucitar el Circo Romano, que era mucho más hermoso que el espectáculo de los toros. No hay más que leer

en los libros de historia ó arqueología la descripción de una función gladiatoria para persuadirse de ello; y basta comparar cualquier plaza de toros con las ruinas del Coliseo, para palparlo. La enormidad y la belleza de aquel edificio han quedado sin paralelo desde los remotos siglos en que fué erigido hasta nuestros días. Todo en él era grandioso y magnífico: desde el *velarium* de púrpura que le resguardaba del sol, hasta la vastísima arena sembrada de polvo de oro, y la oriental y riquísima tapicería, ornamento de la balaustrada. Los senadores envueltos en sus togas, las vestales vestidas de blanco, y el emperador ceñido de laurel y redeado de cortesanos, comunicaban clásica solemnidad al suceso; y el inmenso concurso de latinos, galos, iberos, egipcios, nómidas, griegos, asirios é hindus, con sus trajes regionales y pintorescos, que poblaba las graderías, daba variedad, color y vida al escenario. Abajo, en la arena, los gladiadores (griegos, romanos, galos, ilirios, árabes) de musculatura estupenda y belleza apolínea, ya luchando entre sí, ó bien contra las fieras, sabían combatir con arte, vencer con decoro y hasta morir con elegancia.

De donde se infiere, repito, que, si hubiésemos de ser guiados á este propósito por la pura estética, y quisiésemos obrar con lógica, deberíamos sostener francamente el buen derecho del Circo para reaparecer en el mundo, bajo la égida de sus recomendaciones ópticas.

2º Lo mismo que de la belleza, debe decirse de la virilidad del espectáculo taurino: no es razón suficiente para cohonestarlo. Ne se puede negar que se requiera cierta dosis de bravura y habilidad para enfrentar un toro iracundo, de